

-El nombre «Viejo de la Montaña» no designa a una persona individual sino que era el título —en árabe, «Sheik-al-jebal»— de una serie de jefes que presidieron de 1090 a 1258 una comunidad u orden militar de fanáticos sectarios musulmanes, llamados Los Asesinos, que se hallaban repartidos a través de Persia y Siria. La etimología original de la palabra Asesinos se trata de la palabra árabe hashishin, «bebedores de hashish», y se atribuye al hecho, o a la suposición, de que cuando los agentes del Viejo de la Montaña partían en misión criminal, iban fortalecidos a la tarea con la embriaguez del hashish o cáñamo indio.

Thomas De Quincey

Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes

ASESINO

Bajó el libro, y hubo silencio en la casa. Hace mucho que Alma no disfruta un libro, aunque fuese traducida del inglés y plegada de un tema macabro: el asesinato. Lo disfrutó a pesar de su falta de experiencia con semejante temas, a pesar de las muchas oraciones de adornación superflua, a pesar de que abría las páginas monótonamente y las leía aburridamente.

Simplemente no tenía nada que hacer excepto rozar libro por libro los estantes de su inmensa biblioteca—un dormitorio del primero piso en realidad, entero, lleno de libros. Lo disfrutó, esta lectura vale decir, más que nada por el silencio que produjo el acabar de las imágenes.

Alma no conoce la palabra *abandono*. Y menos su definición. Pero siente su significado igual. Lo mismo pasa con las palabras: escondite, soledad, nostalgia, Lápiz Azul, llanto, desasosiego, vértigo, infraestructura, otoño, pétalos, sépalos, oscuridad y esperanza. Los padres la abandonaron hace mucho tiempo. Sola vive en la casa. Ella tiene edad suficiente para cuidarse sí misma. Pero poco más. Sabe sobrevivir, pero no cazar; sabe vestirse, pero no maquillarse; sabe hablar, pero no amigarse. Peor de todo, no sabe exactamente el día en que se huyeron de su vida sus padres, para siempre parecería. Y, con el vagabundeo del tiempo, sin fotos como recuerdos o birome para escribir, ella fue olvidando lo que es un cumpleaños, tener compañía, usar un reloj, y pedir ayuda. Hoy en la vida de la joven existe muy poco fuera de higieniza personal y perseverancia que guarda relevancia.

Sí, Alma no recuerda cuando se fueron sus padres, pero recuerda que empezó a escuchar *las voces* poco después. Por eso disfruta tanto de estos momentos sosegados. No son como otros gustos que desvanecen al prestarles atención. Como la salud, el descanso, un cumplido. No. El silencio. Eso, para Alma, duraba. Y mientras duraba, establecía estabilidad. Su mundo volvía a tener algo de sentido, un pedazo de tranquilidad. Porque estas voces que ella escuchaba no era la voz que la guiaba cocinar una simple tortilla o la voz que la acompañaba entre párrafos de un libro de aventuras, sino era una voz

ininteligente. Una voz inalcanzable. Una voz compuesta por otro, quizá en otro idioma. Idioma: otra de esas palabras que Alma no conoce.

De su falda a la alfombra, el libro desliza y cae.

Wake up.

Alma levanta la cabeza. Se había quedado dormida. Mira a los costados, los cinco por cinco metros de piso en dos dimensiones; mira a los rincones de esa biblioteca, las pilas de libros acabados, los estantes de madera barnizada, el tragaluz, primero fuera de foco, luego presentando un sol no tan borroso. La silla de paja debajo de Alma deja de acuñar la alfombra. Ella esta tira para atrás. Una de sus piernas empieza a sacudir. Han vuelto las voces.

You must feel pretty agitated after your nap.

Una inmensa ansiedad toma la garganta de Alma. Un hambre, quizá. O un vacío. Algo. Ella tiene que salir, ir corriendo. Nunca en su vida sintió algo igual. Como la primera acidez que come un esófago infantil. Su pie bate. Bate. Bate. Ahora bate con tanta furia y abandono que la silla la catapulta al piso. Dolor abraza sus hombros y, si no fuese por la impaciencia reclamando su cabeza, Alma estaría gritando.

Go outside, now.

Revolea la silla. Sale corriendo. Cocha contra paredes. Es una casa cualquiera. Ni la reconoce. Casi ni la ve. Colgados cuadros vacíos como los pasillos giran como molinos. Empuña varios picaportes, pero empapan su mano con grasa. Y no encuentra su dormitorio. Parece no estar. ¿O nunca tuvo? Una "L", la escalera. Desciende, pero solo termina subiendo un piso. Da vuelta, y baja a la planta baja. Lluvia, en el salón. Un horno, el baño de la pasilla.

La cocina, violeta. Después amarillo. Luego blanco. ¿Siempre fue así? Los cubiertos saltan y se paran de un pie. Son de plata. Alma se ve en el reflejo de los cuchillos, incluso los tenedores. Al ver las cucharas bailar el Samba que tocan los cajones pagándose uno contra otro, Alma huye. Encuentra la puerta principal. Que cae para abajo. Y luego pega un capirotazo a su lado, y vuelve levantada contra la pared. Alma alcanza el picaporte. Cálida. La gira. Abre, y su vista choca contra un muro de ladrillo. Cierra. Se gira y le asombra una sección de metales flotante. Alma traspira. Espera que la puerta principal vuelva a caer, que hecha un capirotazo, que rota noventa grados hacia arriba. Alma vuelve para atrás. Respira con dificultad, jadea. ¿Cómo no noto las sillas? ¿Las mesas? Ahora todos los muebles bailan el Samba. Le saludan a Alma. La puerta principal desaparece. Ella sale a todo que le da.

A nice autumn day, isn't it?

Alma fricciona sus brazos expuestos al viento fresco filtrado por el bosque que rodea la casa, la vida, todo que Alma conocía. Ella camina sin rumbo, vaga sin esperanzas, erra por todo que nunca conoció. Las pocas hojas que no tapan el lodo de este bosque, oscilan como banderitas. Dentro de la densa sombra del bosque, son de lo visible. Y parecen apuntar en la misma dirección. Alma vuelve a friccionar sus brazos.

Keep walking. Just keep walking. You are almost there.

Alma tiene puesta un vestido de verano, pero no la abriga bien. Es un vestido corto, juvenil, de algodón naranjado y decorado con pétalos blancos, caricaturados no realísticos. Donde Alma no está cubierta, tiene piel de gallina. Suspira una bocanada de vapor. De nuevo. De nuevo. La última trata de

chupar, devolver a su boca. No llega. Su cara se contrae de dolor. Vuelve a suspirar, esta vez con las dos manos en dos copas para atajar el vapor caliente. Es lo único caliente en esta caminata por el bosque marrón, hojas secas por todos lados. De repente escucha una corriente. Lejos, suave, pero se escucha. Sus pies dejan de crujir las hojas secas del suelo, y ahí la corriente se escucha más todavía. La localiza, y se hecha a correr. Al correr deja de sentir frío.

Once you reach the bridge, you will walk down to the river. At the river you will see my arms. Go to them. You will get wet. Do not be afraid. Focus on the hands. And fall in, upwards. Then wait for me.

Llega a un puente al final del bosque. Es un puente hecho a soga y tabletas de madera, estrecho sobre un precipicio no muy profundo y un río fácil. Casi no se necesita el puente, piensa Alma. Y al otro lado, más bosque. Vuelve su mirada al puente, que va y viene a la merced del viento libremente viajando sobre el río. Sin pensar, no aturdida por nada más que el penoso viento contra sus brazos flacos, Alma corre hacia el puente para cruzarlo, pero ni bien llega a pisar la primera tableta, la madera se quiebra. Alma retrocede un paso, y al retroceder, los pétalos caricaturados de su vestido se derriten sobre la tierra lodosa que marca el comienzo del puente, o su final, dependiendo de donde viene. Alma no reacciona, apenas recuerda lo poco que le gustó ese vestido, y eso que no servía de nada en ese frío inmundo. Pasa menos de un minuto. Alma ve que los pétalos derretidos sobre la tierra han cristalizado como peldaños que van al río. Lo lógico sería seguirlos, se dice Alma. Y los sigue. No teme. Va bajando, bajando hacia el río tranquilo, hasta que el puente llega a estar sobre su cabeza y nota dos brazos en el río alzadas hacia ella. Los trata de

interpretar, pero no los comprende. Mete un pie en el agua. Fue lo más caliente desde estar en aire libre. Lo más caliente desde el picaporte principal de su casa. Sus pies descalzos— ¿estaba descalza? se pregunta—sus tobillos, y luego sus rodillas se sumergen bajo el río. Alma. La corriente intenta llevarse los pelos de sus piernas, pero no llega a arrancarlos. Los brazos misteriosos, pálidos, piel de oliva, arrugados, siguen alzados hacia arriba, hacia Alma. Ella llega a lo más profundo de río, pero alcanza caminar en punta de pie. Una bailarina soñadora. Cruza los dedos de sus manos con las diez que la llamaban. Luego sueltan. Se rompen burbujas entre ellos. Ella se lanza. Los brazos la abrazan. La lleva abajo. Y la ahoga.